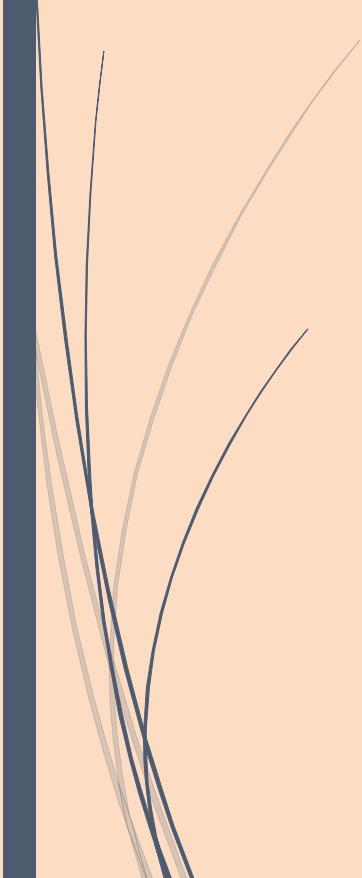


Cánones, islas desiertas y jurisdicciones en litigio. En torno a la enseñanza de la teoría política

Enrique Aguilar



*“... Sólo los escritos legados por los fundadores pueden permitirles a éstos dirigirse en forma directa a sus últimos herederos”*

*Leo Strauss\*\**

*“... Cuando ya no quede un Platón real o un Locke real, cuando la suave luz de los grandes libros quede para siempre oscurecida por las ardientes antorchas de la interpretación antojadiza, nuestra ventana que da al mundo se cerrará.”*

*Allan Bloom\*\*\**

Se ha dicho que la teoría política es un “empeño interdisciplinario” que cabe situar en algún punto equidistante de la filosofía política y la ciencia empírica (o el análisis científico, si se prefiere) de la política. Una suerte de subdisciplina sin una metodología o enfoque predominante que, por lo mismo, parece carecer de identidad pero que para algunos asume como ocupación propia la de ser “árbitro de cuestiones universales o explorador de textos atemporales”.<sup>4</sup>

---

\*\* Leo Strauss, “¿Qué es la educación liberal?” [1959], en *Liberalismo antiguo y moderno* [1968], Katz, Buenos Aires, 2007, p. 17.

\*\*\* Allan Bloom, “Comercio y cultura” [1982], en *Gigantes y enanos. La tradición ética y política de Sócrates a John Rawls* [1990], Gedisa, Barcelona, 1999, p. 379.

<sup>4</sup> John S. Dryzek, Bonnie Honig and Anne Phillips, “Overview of Political Theory”, en Robert E. Goodin (ed.), *The Oxford Handbook of Political Science*, Oxford University Press, New York, 2009, pp. 62 y sigs. (Todas las referencias en lengua inglesa son de mi traducción.)

Desde una mirada más o menos coincidente, César Cansino señala que la teoría política es un “cuerpo general y multidisciplinario de literatura producido a lo largo del tiempo por quienes se han ocupado de los fenómenos del poder, de las estructuras de autoridad, de los valores políticos, de las relaciones sociales, etc.”. Pero Cansino también incorpora, como objeto de estudio de la teoría política, a las distintas corrientes y escuelas de pensamiento político en el convencimiento de que este estudio, preferentemente orientado a autores considerados “clásicos”, constituye otro modo de acercarse a la realidad política y a la discusión de problemas contemporáneos.<sup>5</sup>

Como puede advertirse, se trata de un territorio de fronteras imprecisas (una disciplina en busca de una definición, podría decirse) aunque no fácilmente asimilable a la historia de las ideas políticas si ésta a su turno es concebida como una disciplina histórica y no como una especie de saber político. Tampoco cabe identificar sin más la teoría política con la filosofía política si reservamos esta expresión para el tratamiento metafísico de los problemas políticos y no para una indagación sobre las ideas de algunos pensadores generalmente tenidos por relevantes.<sup>6</sup> A este respecto, resulta

---

<sup>5</sup> Cansino llega a decir que “leer a un clásico y reflexionar sobre la política son procesos simultáneos”. César Cansino, *La muerte de la ciencia política*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008, pp. 15, 26 y 205-208.

<sup>6</sup> Cfr., José María Medrano, *Para una teoría general de la política*, EDUCA, Buenos Aires, 2012, pp. 321 y sig. Sobre la tensión existente entre los reclamos metodológicos de la filosofía y la historia ver Iain Hampsher-Monk, “Political Languages in Time. The Work of J.G.A. Pocock”, en *British Journal*

oportuno recordar la distinción que planteaba Leo Strauss entre *pensamiento político*, *teoría política* y *filosofía política*. Por *pensamiento político* entendía la “reflexión” sobre las ideas políticas o también la “exposición” de estas mismas ideas. En segundo lugar, creía que la expresión *teoría política* podía designar un tipo de conocimiento opuesto tanto a la práctica como a la observación según fuera definido, respectivamente, como el “análisis puramente teórico de las cuestiones políticas” o como la “explicación hipotética” de un fenómeno político dado. Pero para Strauss estas dos connotaciones pasaban por alto el hecho de que la finalidad del conocimiento político, en cuanto conocimiento esencialmente *práctico*, es orientar la acción política. De ahí su preferencia por el término *filosofía política*, rama de la filosofía nacida con Sócrates que procura “conocer verdaderamente tanto la naturaleza de las cosas políticas como el orden político justo o bueno” y que supone, por consiguiente, “el esfuerzo consciente, coherente y persistente por reemplazar las opiniones acerca de los principios fundamentales de la política por un conocimiento de tales principios”.<sup>7</sup>

---

*of Political Science*, Vol. 14, N<sup>o</sup> 1, January, 1984, pp. 89 y sigs. Ver asimismo Jean Leca, “Political Philosophy in Political Science: Sixty Years on”, en *International Political Science Review*, Vol. 31, N<sup>o</sup> 5, November 2010, pp. 525 y sigs.

<sup>7</sup> Strauss agrega: “... Toda filosofía política es pensamiento político, pero no todo pensamiento político es filosofía política [...] El pensamiento político es tan antiguo como la raza humana, pero la filosofía política surgió en un determinado momento del pasado registrado documentalmente”. “... En último término, la filosofía política no consiste más que en observar filosóficamente las cosas políticas –filosóficamente, esto es, sub *specie aeternitatis*”. Leo Strauss, “¿Qué es filosofía política?” [1954-55] y “¿Qué podemos aprender de la teoría política?” [1942], en *¿Qué es la filosofía política?* y otros ensayos [1959], Alianza Editorial, Madrid, 2014, pp. 82 y sig., 154-157 y 179. Cabe recordar que para Strauss las cosas políticas, por su naturaleza propia, “son susceptibles de aprobación y desaprobación”. Por

Como quiera que sea, dejando de lado estos diferendos jurisdiccionales que desde luego no son meramente semánticos o terminológicos, lo que presento a continuación son algunos apuntes en torno a la enseñanza de la teoría política en su variante acotada al estudio de autores y con énfasis en la mirada de Allan Bloom (1930-1992), distinguido discípulo de Leo Strauss, traductor y editor de Platón y Rousseau y autor, entre otras obras, de *The Closing of American Mind*, *Shakespeare's Politics*, *Giants and Dwarfs* y *Love and Friendship*. Vayamos a cuentas.

Al término de su *Western Canon*, Harold Bloom se refirió al dilema que un erudito como él, lector insaciable y afamado crítico literario, habría de afrontar ante la eventualidad de un exilio obligado o voluntario: "... Cada uno de nosotros tiene –se lee allí-, o debería tener, una lista preparada para aquel día en que, huyendo de nuestros enemigos, terminemos a orillas de una isla desierta o nos alejemos rengueando, peleadas todas las guerras, a vivir el resto de nuestros días leyendo en tranquilidad. Si yo pudiera llevar un solo libro, sería un ejemplar de las obras completas de Shakespeare; si fuesen dos,

---

lo tanto, "... No es posible comprenderlas como tales, o sea como cosas políticas, si no se toma en serio su implícita o explícita exigencia de ser juzgadas en términos de bondad o maldad, de justicia o injusticia, es decir, si no se las mide por algún que otro criterio de bondad o de justicia". La expresión *ciencia política* le resultaba a Strauss mucho más ambigua y, en su versión "cientificista" (asimilada a una ciencia natural), decididamente "incompatible con la filosofía política". Por último, creía que la distinción entre una filosofía política no científica y una ciencia política no filosófica despojaba a la filosofía política "de toda dignidad y respetabilidad" ("¿Qué es la filosofía política", ob. cit., pp. 81 y sig., 84 y sig. y 91).

agregaría la Biblia. ¿Si fuesen tres? Ahí comenzarían las complicaciones.”<sup>8</sup>

Un canon heredado no resulta necesariamente asimilable a una suerte de *survivor's list* destinada a hacernos más llevadera la existencia en una isla desierta. En el caso particular de Bloom (un solitario al cuidado de la autonomía de la experiencia estética) es sabido que esa lista se compone de aquellos escritores capaces de subvertir todos los valores, “tanto los nuestros como los suyos” y a la que sólo se accede por una combinación de “lenguaje figurativo, originalidad, poder cognitivo, sabiduría y exuberancia en la dicción”. Pero el canon no constituye para Bloom “un programa para la salvación social”; no nos hace mejores ciudadanos ni sirve a ningún propósito colectivo o finalidad ulterior como no sea el “crecimiento de nuestro yo interior”. No sólo leemos “por amor a la lectura” sino para “ensanchar una existencia solitaria” cuya condición efímera, no obstante, nos obliga a ser selectivos al modo como un navegante, iniciado en una travesía que le ocupará toda su vida pero que será finita como su vida misma, se privará de visitar una por una las incontables riberas que lo reclaman.<sup>9</sup>

Bloom advierte además que el canon “no existe a fin de incrementar las élites sociales preexistentes”. “Está ahí (agrega)

---

<sup>8</sup> Harold Bloom, *The Western Canon. The Books and School of the Ages*. Riverhead Books, New York, 1995, pág. 490.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 36, 16 y sig. y 27-30.

contemporáneos.<sup>23</sup> Escribe Bloom nuevamente: “... Quien se tome el trabajo de estudiar el uso que hace Rousseau de la expresión *le peuple* comprobará que ese gran amigo del pueblo designa exactamente lo mismo que designa Platón cuando utiliza la palabra *demos*: los muchos irremisiblemente llenos de prejuicios. Alguien podría replicar que es menester conocer a Platón para darse cuenta de esto. Pero el propio Rousseau remite al lector a Platón de la manera más clara. Y ésta es sólo otra prueba más de que lo más útil para comprender a Rousseau no es su propia época. Para interpretar a Rousseau Platón es mucho más importante que Voltaire. La preparación necesaria para estudiar a Rousseau puede obtenerse del propio Rousseau, e incidentalmente comprendemos mejor a Platón considerando a un hombre del calibre de Rousseau que estudiando al más ilustrado filólogo. Esto sólo indica cómo debe desarrollarse el estudio de un autor para captar la tradición como un todo y hacerlo enteramente desde adentro”.<sup>24</sup>

Asimismo, la aceptación de una tradición supone para Bloom el reconocimiento de la existencia de cuestiones primarias y duraderas que despiertan el continuo interés de los autores y que su vez explican que éstos susciten permanente

---

<sup>23</sup> “... Observamos (escribe Bloom) las semejanzas que había entre Maquiavelo y sus contemporáneos, pero somos ciegos a las diferencias que los separaban”, ejemplo de los cual serían las doctrinas de los capítulos XV o XXV de *El príncipe* que nada tendrían que ver con los tradicionales espejos de príncipes. Allan Bloom, “El estudio de textos”, ob. cit., pp. 395 y sig. Del mismo autor ver también *El cierre de la mente moderna* [1987], Plaza & Janés, Barcelona, 1989, pp. 385-387.

<sup>24</sup> “El estudio de textos”, ob. cit., p. 401.

interés, sobreviviendo a los ocasionales o deliberados olvidos o a otra forma posible de naufragio. Se trata de las cuestiones que son fundamentales para la comprensión de cualquier sociedad y que en todo tiempo nos urge enfrentar, esas “preocupaciones permanentes de la Humanidad”, como las llama Bloom, para quien lo que hay de esencial en los diálogos platónicos “es reproducible en casi todos los tiempos y lugares”.<sup>25</sup> En el orden político, por ejemplo, la fundamentación del poder, la indagación sobre el mejor régimen (que es diferente y acaso más relevante que la que procura conocer sus probabilidades de realización), la naturaleza de la autoridad o del bien común, las demandas de la justicia, el carácter derivativo de la ley, la paz y la guerra, los derechos y deberes de los ciudadanos, la relación entre gobernantes y gobernados, la índole del conocimiento político y otros tantos temas que nos ligan al pasado pero mantienen una profunda significación para el presente puesto que agitan a nuestras sociedades y todavía nos movilizan. Norberto Bobbio los denominaba “temas recurrentes”, que “han sido propuestos y discutidos por la mayor parte de los escritores políticos”<sup>26</sup> y son “siempre los mismos”, lo cual explica la suspicacia del filósofo turinés hacia las investigaciones dirigidas a hallar precursores porque “no

---

<sup>25</sup> Allan Bloom, *El cierre de la mente moderna*, ob. cit., p. 393.

<sup>26</sup> Bobbio añade que el reconocimiento de estos temas recurrentes “tiene una doble importancia: por una parte sirve para ubicar algunas categorías generales (comenzando por la categoría misma de lo ‘político’) que permiten analizar y determinar los diversos aspectos del fenómeno político, compararlos entre ellos, construir sistemas conceptuales aceptablemente coherentes y comprensivos; por otra parte, permite establecer entre las diversas teorías políticas, que han sido sostenidas en diferentes épocas, afinidades y diferencias”. Norberto Bobbio, *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político* [1976], Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 7 y sig.



hay precursor (decía) del cual no se descubra que tiene precedentes”.<sup>27</sup>

He ahí también, como enseña Sheldon Wolin, un vocabulario común a diferentes edades y culturas, un núcleo de problemas y un cuerpo de conocimiento transmitido bajo la forma de “un legado cultural” que nos brinda “la sensación de transitar por un mundo familiar”. Por eso el autor de *Politics and Vision* se refiere a la “continua reaparición” de estos problemas que han sido materia corriente de estudio por más que los filósofos hayan disentido con respecto a sus posibles soluciones. “... Lo que importa (sostiene Wolin) es la continuidad de las preocupaciones, no la unanimidad de las respuestas”, que hace que la tradición del pensamiento político, a diferencia de lo que ocurre con otros campos científicos, “no [sea] tanto “una tradición de descubrimientos como de significados extendidos en el tiempo”. De ahí también la distinción que propone Wolin entre dos niveles sobre los que ha venido operando simultáneamente la reflexión política: por un lado, la situación respectiva a la que toda obra está en principio dirigida y que en cierto grado la singulariza; por el otro, un nivel más elevado hacia el cual las grandes obras generalmente apuntan o se proyectan en tanto se consideren aptas para contribuir a un “diálogo continuo” y milenario que permite a lo viejo destilarse en lo nuevo y a lo nuevo recibir el influjo de lo viejo.<sup>28</sup>

---

<sup>27</sup> Norberto Bobbio, *Política e cultura* (1955), citado por Carina Yturbe, *Pensar la democracia: Norberto Bobbio*, UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, 1ra. reimposición, México, 2007, p. 32.

<sup>28</sup> Sheldon Wolin, *Política y Perspetiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental* [1960], Amorrortu, Buenos Aires, 1974, pp.

¿Qué enseñamos cuando en una asignatura denominada Teoría Política nos dedicamos, como se indicó al comienzo, a algunos autores tenidos por relevantes o ejemplares? Por lo pronto, no enseñamos necesariamente un canon o una lista predeterminada. Si bien cabe coincidir con Bloom en que “existe un alto grado de acuerdo entre los autores en lo tocante a quién merece seria consideración”, también podríamos alegar que no hay por qué esforzarse en procurar ese acuerdo si creemos, por ejemplo, siguiendo a Michael Oakeshott, que esa lista limitaría de entrada el sentido del verdadero aprendizaje (concebido como una “tarea autoimpuesta”) que lleva a adentrarse en aguas inexploradas en una suerte de travesía improvisada y de final abierto.<sup>29</sup> (De ahí, sea dicho entre paréntesis, que Oakeshott no comparta las lamentaciones de Bloom contra una modernidad que entre otras cosas, hizo que los clásicos del pensamiento se “marchitaran en la parra” aun cuando, colocados en un museo, pueda uno “acudir a ellos si lo desea y ser atraído por ellos”).<sup>30</sup>

---

13 y 33-35. Téngase en cuenta, de todos modos, que en Wolin el objeto de estudio de la filosofía política tiene menos que ver con la búsqueda de verdades universales (a despecho de lo estrictamente político) sino con el carácter “común” o “público” del orden político que requiere de “un reajuste constante por parte de la sociedad”. *Ibidem*, pp. 17 y sig. Cfr. también, al respecto, John S. Dryzek, Bonnie Honig and Anne Phillips, “Overview of Political Theory”, ob. cit., p. 65.

<sup>29</sup> Ver Michael Oakeshott, *La voz del aprendizaje liberal* [1989], Prólogo e introducción de Timothy Fuller, Liberty Fund y Katz, Madrid, 2009, particularmente los ensayos titulados “Un espacio de aprendizaje” [1965], pp. 35-66, y “El aprendizaje y la enseñanza” [1975], pp. 67-91.

<sup>30</sup> Allan Bloom, “Comercio y cultura”, ob. cit., p. 378.

Tampoco nos dedicamos a algunos autores por mera curiosidad o por un empeño exclusivamente erudito sino por su capacidad para contribuir a resolver nuestras presentes perplejidades y en la medida en que sus preguntas, dirigidas a esos grandes problemas “de continua reaparición”, no han perdido vigencia estando todavía nosotros expuestos a ellas: procuramos entenderlos para conocer también cuáles fueron sus respuestas. Por cierto, si se trata de significativos pensadores que han llegado muy lejos en sus indagaciones, retornar a ellos nos trae otros beneficios: son fuente de inspiración, enriquecen nuestro espíritu, nos ayudan a adquirir hábitos mentales, nos liberan de la tiranía del momento y nos sirven de puente para encontrarnos con nuestra humanidad compartida, “terreno común entre edades y culturas”.<sup>31</sup> Es la comprobación de esta proximidad o de estas afinidades que se perciben en el contacto con obras y pensadores del pasado la que reveló a Goethe, como recuerda Alain Finkielkraut, “la aptitud del espíritu para desbordarse más allá de la sociedad y de la historia”. “Arraigados en un suelo (continúa Finkielkraut), anclados en una época, datados y situados, los hombres podían escapar de todos modos a la fatalidad de los particularismos. Se podía apelar contra la división: existían lugares –los libros– en los que la humanidad podía dominar su desmigajamiento en una miríada de espíritus locales”.<sup>32</sup>

---

<sup>31</sup> La expresión es de Allan Bloom en “Leo Strauss” [1914], en *Gigantes y enanos. La tradición ética y política de Sócrates a John Rawls*, ob. cit., p. 322.

<sup>32</sup> Alain Finkielkraut, *La derrota del pensamiento* [1987], Anagrama, Barcelona, 1990, p. 38.

En un párrafo sobre Jonathan Swift, Allan Bloom sostiene que el autor de *Gulliver's Travels* llevó adelante “nuestra interminable busca de una posición desde la cual sea posible juzgarnos a nosotros mismos y juzgar nuestro tiempo y nos mostró de qué manera los libros son las escaleras que tomamos prestadas para alcanzar dicha posición”.<sup>33</sup> A este fin los autores que, habiendo superado la ordalía del tiempo, todavía nos iluminan sin enneguarnos son irremplazables compañeros de ruta. En el caso de la teoría política, esas respuestas tendrán que ver con algunas cuestiones mencionadas precedentemente que cabe cifrar en la reflexión sobre el orden político o, más precisamente, sobre lo que Strauss llamaba “la cuestión política por excelencia”, a saber, la acuciante cuestión de “cómo conciliar un orden que no sea opresión con una libertad que no sea libertinaje”.<sup>34</sup>

---

<sup>33</sup> Allan Bloom, “Prefacio” a *Gigantes y enanos. La tradición ética y política de Sócrates a John Rawls*, ob. cit., p. 11.

<sup>34</sup> Leo Strauss, *La persecución y el arte de escribir* [1952], Amorrortu, Buenos Aires, 2009, p. 47.